

6 de agosto de 2023

Fiesta de la Transfiguración del Señor. Solemnidad del Santísimo Salvador

Queridos hermanos y hermanas:

Como cada año, nos reunimos en este día, para celebrar a nuestro Patrono, el Santísimo Salvador, nuestro Señor Jesús resucitado, junto con la fiesta litúrgica que celebra toda la Iglesia recordando el misterio de la Transfiguración del Señor.

Las lecturas bíblicas que hemos escuchado nos orientan al mensaje central del Evangelio donde Jesucristo se manifiesta transfigurado ante los ojos de los tres discípulos elegidos: Pedro, Santiago y Juan. Ellos serán después los testigos más cercanos de su agonía.

El Evangelio de San Mateo nos relata que seis días antes de este episodio, Jesús había anunciado a sus discípulos que debía ir a Jerusalén a padecer la pasión para resucitar al tercer día. Los discípulos se sintieron desanimados al escuchar este anuncio y escuchar que - para ellos también -, seguir a Jesús, significaría cargar con su cruz y seguirlo.

Por eso, esta escena de la Transfiguración del Señor es una palabra de ánimo, pues en ella se manifiesta la gloria de Jesús y se anticipa su victoria sobre la cruz.

Jesús se muestra ante los ojos de los discípulos y ante nuestros propios ojos que lo contemplamos hoy desde la fe, como el Salvador esperado. Más aún, es el Hijo de Dios a quien contemplar, para que mirando en Él al vencedor de la muerte,

podamos asumir las exigencias que para nosotros implica ser sus discípulos y acompañarlo por el camino de la cruz hasta la gloria del cielo.-

Este misterio de amor lo cantamos en el Himno al Santísimo Salvador cuando decimos:

“Desde tu inmensa bondad, miraste al hombre perdido y por verlo redimido tomaste carne mortal; eres Tú el Hijo Amado que brillas en el Tabor. Salva a tu pueblo Señor y bendice tu heredad”

Al mirar al Santísimo Salvador, lo miramos señalando la cruz con sus manos llagadas por la Pasión que nos recuerdan que ha sido el amor a cada uno de nosotros el único sentido que tuvo tanto padecer...

Así lo vivimos como hombres y mujeres creyentes, que aún en medio de la oscuridad del dolor y del padecer diario por tantas necesidades que tenemos, levantamos nuestra mirada al Salvador y en Él encontramos alivio y consuelo.

El hombre creyente sabe del amor comprometido de su Dios. Sabe que nada ni nadie podrán apartarlo del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús.

Con la certeza de este amor, generaciones enteras de creyentes a lo largo de estos dos milenios cristianos, han vivido desde la fe, han luchado desde la fe para hacer cada día un mundo mejor y han muerto en la fe para abrir sus ojos en la gloriosa eternidad de Dios.

En esta fe han luchado con la fuerza del amor, para que el amor de Cristo transformara también la vida cotidiana. En esa fe han fundado ciudades como la nuestra, queriendo crear un

espacio donde se pudiera vivir amparado por el Señor en la construcción de la convivencia fraterna.

Esto mismo cantamos en el himno cuando decimos:

“Fundaron esta ciudad, con tu augusta protección y por siglos tus favores mostraron tu amor sin par. Hoy con súplica ferviente confiamos en tu bondad. Salva a tu Pueblo, Señor y bendice tu heredad”.

Fundaron esta ciudad bajo el amparo del Salvador como augurio de la protección de Dios sobre nuestras vidas y nuestros hogares. Pensar en una ciudad es pensar en el ámbito de la convivencia fraterna, de la ayuda solidaria, del trabajo cotidiano por mejorar y crecer. Pensar en una ciudad es pensar en un hogar, familia y casa donde se comparte el pan ganado con el sudor de la frente y se abrigan sueños de prosperidad y de paz.

En una familia, en una ciudad entendidas también como gran familia, nadie se salva solo; nadie prospera si no prosperamos todos, nadie levanta cabeza aplastando a otros; nadie sufre y pena por la injusticia sin que suframos y luchemos todos por vivir cada día mejor.

Estos propósitos pueden parecernos inalcanzables. En estos tiempos difíciles de desencuentros sociales que estamos viviendo se pone de manifiesto un enorme desafío. Los cristianos sabemos que nuestra fe no nos deja indiferentes ante ello. Debemos aportar la fuerza transformadora del amor a la convivencia fraterna y buscar por todos los medios restaurar el diálogo social y la cultura del encuentro.

El Papa Francisco nos enseña: *“La paz social es trabajosa, artesanal. Sería más fácil contener las libertades y las diferencias*

con un poco de astucia y de recursos. Pero esa paz sería superficial y frágil, no el fruto de una cultura del encuentro que la sostenga. Integrar a los diferentes es mucho más difícil y lento, aunque es la garantía de una paz real y sólida. Esto no se consigue agrupando sólo a los puros, porque «aun las personas que puedan ser cuestionadas por sus errores, tienen algo que aportar que no debe perderse»... Lo que vale es generar procesos de encuentro, procesos que construyan un pueblo que sabe recoger las diferencias”. (Fratelli Tutti, 217).

Con la fuerza de la fe (porque la mayoría de nuestro pueblo es creyente), podemos hacer el aporte que hoy necesita nuestra ciudad, nuestra provincia, nuestra patria para ser familia y fraternidad. Con los ojos llenos de cielo al contemplar al Señor transfigurado, hundamos nuestras manos en la tarea de cada día para mirar a cada jujeño, a cada argentino, a cada hombre, como un hermano. Un hermano con quien unir manos y corazones para construir este hogar de todos que es nuestra patria, nuestra ciudad, donde reine la justicia y la solidaridad.

Una familia y un hogar donde los más grandes trabajemos por dar a nuestros niños y jóvenes el verdadero bienestar que no pueden ofrecer ni la droga ni el alcohol. Una familia y un hogar donde nuestros viejitos estén cuidados y atendidos como se lo merecen después de haber luchado y dejado todo a lo largo de sus vidas. Una familia y un hogar donde los más grandes, los que tenemos más posibilidades, o los que tenemos alguna responsabilidad, entendamos que nuestra vocación es hacer felices a los otros brindándoles inclusión social, desarrollo y progreso.

¡Es posible todo esto! Sí. Es posible: sólo falta que cada uno de nosotros nos sumemos y nos comprometamos, para hacer de nuestra patria, de nuestra provincia, de nuestra ciudad un verdadero hogar de familia y de familias.

Sabemos que la gracia de Dios y el auxilio de nuestro Salvador no nos faltarán. Por eso terminamos encomendando al Señor nuestras familias y la vida de cada uno de nosotros, pidiendo con el Himno a nuestro Patrono:

“Si de Jujuy Patrón eres, para que todos se asombren, que brille tu Santo Nombre y cante con devoción. La tierra, el cielo, el orbe, por toda la eternidad. Salva a tu Pueblo, Señor y bendice tu heredad”.

Santísimo Salvador, ten piedad de nosotros. Así sea.